

La obra del joven y ya tan conocido canonista, miembro de la Comisión Codificadora del Código de la Iglesia Oriental, es de un gran mérito, por el depurado y minucioso estudio que hace sobre tantos puntos y cuestiones del vigente C. I. C., e indudablemente será tenida en cuenta en cualquier trabajo que se haga la revisión de la codificación canónica. Pero aun con independencia de ese alcance futuro de la obra, tiene también un valor actual para la mejor comprensión de puntos dudosos por la terminología o el concepto, que ayudará a desentrañar el trabajo del Profesor Ciprotti. Es digna de la mayor alabanza la iniciativa del Instituto de San Raimundo de Peñafort, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas al divulgar entre nosotros obra de tanto mérito.

D. Espín

Gavin Ardley.—AQUINAS AND KANT - THE FOUNDATIONS OF THE MODERN SCIENCE.—Longmans, Green and Co. London - New York - Toronto, 1950. 256 págs.

Una de las características de la filosofía actual, es su proximidad y en cierto sentido condicionamiento por las ciencias físico-naturales. Los filósofos penetran en campos antes exclusivos tan sólo de físicos o biólogos, etc... y estos últimos hacen incursiones cada vez más profundas y duraderas en sectores de la filosofía. El hecho, en cuanto hecho, acusa simplemente que vivimos una época de síntesis en la que es necesario armonizar ciertas fórmulas filosóficas con nuevos descubrimientos acontecidos en el campo de la experimentación. No hay duda que el acontecimiento más importante desde este punto de vista, ha sido el descubrimiento de la estructura atómica de la materia y las consecuencias derivadas de él hasta incidir en problemas que están en una zona penumbrosa entre física y filosófica, tales como los de la onda corpúsculo, alteración dimensional de la materia por efecto de la velocidad, etc. Desde una perspectiva filosófica, las distintas tendencias han hecho suyo el problema de la estructura de la materia, partiendo sobre todo de temas relativos a la teoría del conocimiento. ¿Los nuevos descubrimientos de la física, apoyan la tesis idealista o la realista, o suponen una superación de ambas? En otras palabras: ¿Refuerzan los nuevos hallazgos la teoría del conocimiento de Santo Tomás o volvemos a Kant y a su espacio y tiempo como formas puras de la sensibilidad? El problema tiene, desde luego, un planteamiento claro, cuando se formula de modo esquemático y dentro de los límites de la mayor sencillez, tal como nosotros hemos hecho y tal y como se suele hacer. Esta aparente sencillez ha entusiasmado a algunos físicos que, se han lanzado sin preparación suficiente a especular sobre temas estrictamente filosóficos desde su peculiar punto de vista. Recordemos el libro increíblemente trivial del Profesor Eddigton, acerca de la «Filosofía de la Naturaleza», o las



breves páginas que el Profesor Einstein ha puesto de prólogo a un libro que acabamos de leer de Philipp Frank (1), cuyo prólogo es claro testimonio de cómo una cabeza genial puede llegar a la puerilidad en materia de las cuales desconoce parte de la problemática, y la historia de los ensayos de solución. En efecto, de ordinario no se tiene en cuenta que a la base de problemas de la materia, como punto de partida para una teoría del conocimiento, se esconden las siguientes posibilidades filosóficas. En primer lugar un problema epistemológico, que por lo tanto se reduce a una teoría del conocimiento científico, es decir, el físico se preocupa de averiguar como él, en cuanto físico o científico, conoce la materia. Tal es la postura de Edington, indebidamente generalizada. En segundo lugar hay un problema gnoseológico, es decir, la cuestión relativa al encuentro y relación entre *Nomos y Physis*; por último, un problema ontológico que se refiere a la estructura misma del ser tal y como, por ejemplo, se halla planteado en Kant o, quizás el ejemplo quede más claro, en Fichte, cuando se afirma que el yo pone el no yo, es decir, la razón pone al mundo, en cierto momento del proceso dialéctico, como objeto y límite de sí misma. Estos tres problemas suelen diluirse en uno y de aquí la aparente simplicidad de la cuestión. Además, hasta qué punto este último plano estrictamente metafísico está afectado por los nuevos descubrimientos, sería cuestión para discutir despacio. A mi juicio, desde un punto de vista metafísico, tanto monta que la materia se estructure de este o del otro modo.

A mi juicio, esta es la mayor objeción que se puede poner al libro del señor Gavín Ardley, que no diferencia con cuidado los tres puntos de vista citados. En general, propende a ver los problemas con un criterio epistemológico, aunque trate cuestiones metafísicas, lo que en términos generales se adecúa perfectamente con la peculiar tendencia de los estudiosos anglosajones. Además, siendo el libro un conato de justificación de la vigencia actual de la filosofía escolástica respecto de los problemas científicos actuales, resulta que la parte dedicada a los sistemas que combate es mucho más amplia, densa e interesante que la que consagra a su propia postura, que resulta de poco contenido y escaso interés. Quizás el sentido mismo del intento del autor justifique esta diferencia.

E. Tierno

Chapman Pincher.—EVOLUTION.—Vol. en 8.º mayor, de 200 págs., con grabados. London, Herbert Jenkins, 1950.

Este libro, que se distingue por su claridad y sencillez, cumple perfectamente los propósitos del autor, tal como se indican en su Introducción, y que no son otros que el de hacer fácilmente asequible a todos las ideas modernas sobre evolución de los seres vivos.

(1) PHILIPP FRANK. *Relativity*. Am. Richer Truth, Boston, 1950.

